

La organización de las mujeres a partir de la guerra: El Salvador y Nicaragua

Por *Silvia SORIANO HERNÁNDEZ**

Introducción

CADA VEZ RESULTA MENOS SORPRENDENTE ver a mujeres como integrantes de un ejército, y menos aún si se trata de un ejército rebelde. Las sandinistas del siglo pasado causaron gran sorpresa, ver en el fin del milenio a las zapatistas ya no generó tanto asombro, salvo porque son mujeres indígenas. La coyuntura de una guerra rompe muchos de los esquemas tradicionales, entre ellos, el de la participación de mujeres más allá del tradicional papel de víctimas. Me interesa presentar en las siguientes líneas un análisis de cómo se organizaron las mujeres a partir de las necesidades que la guerra les fue imponiendo en dos países centroamericanos: Nicaragua y El Salvador

La guerra como el único camino, es una frase que se repitió en boca de muchas mujeres que se volcaron a seguir esa senda, con la esperanza de conseguir cambios profundos en las relaciones sociales que se iban tomando cada vez más opresivas y represivas, con la idea de abrir espacio políticos y mejorar las condiciones de vida. Conocer cuáles fueron las razones que empujaron a miles de mujeres a incorporarse a ejércitos revolucionarios, a solidarizarse con una lucha que consideraron justa, así como a participar activamente de acuerdo con lo que ellas consideraron sus posibilidades, es importante, sobre todo cuando la llamada revolución quedó atrás.

La participación política de las mujeres se fue modificando en la medida en que la guerra se fue extendiendo entre la población y en la mente de los militantes. De apoyo, de compañeras, de cómplices silenciosas, de madres de presos políticos y/o desaparecidos, ellas transitaron a formas más acabadas de militancia política que rompían con una predominante imagen femenina (compartida de alguna manera tanto por los rebeldes como por los grupos en el poder) que las dejaba fuera de la guerra. La inminencia de la guerra trajo cambios radicales primero en los hombres, que vieron en las mujeres elementos nece-

* Investigadora del Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México; e-mail: ssoriano@servidor.unam.mx

sarios de una lucha insurgente que debía incorporar a todos aquellos susceptibles de entender la ideología revolucionaria, incluyéndolas a ellas, y para muchas mujeres fue una experiencia nueva y enriquecedora (además de dolorosa, en la mayoría de los casos) que las obligaría a resignificar su identidad.

La guerra sacó abruptamente a muchas mujeres de su espacio socialmente asignado introduciéndolas a nuevas y muy variadas actividades. Como dijera una salvadoreña: "Gracias a la guerra salimos de la cocina, donde sólo estábamos quemándonos".¹ No estoy pensando sólo en el uso de las armas durante el adiestramiento militar, que efectivamente era del todo novedoso. Pienso también en el hecho de realizar actividades cotidianas (cocinar, coser, cuidar niños, vigilar) que se efectuaban como apoyo indispensable a una causa, pero una causa pensada, no sólo como justa, sino revolucionaria y también inevitable, actividades que adquirirían un nuevo cariz pues se realizaban como militantes. Mujeres jóvenes y no tanto, a las que el discurso revolucionario atrapó llevándolas por una senda antes intransitada, no sólo por ser política y/o militar, sino sobre todo, por ser masculina.

Quiero adentrarme en el cómo y el porqué muchas mujeres se encontraron envueltas (consciente o inconscientemente) en un espacio de guerra al que la violencia las incorporó no como comparsas sino como actores imprescindibles para alcanzar el objetivo final: tomar el poder. Un proceso insurreccional las hizo salir de su espacio habitual para incursionar en uno nuevo que les permitió verse como un verdadero sujeto social. La patria, la patria nueva sería la prioridad y el motivo de actuar. Y, como veremos, la guerra las sacó de una cotidianidad opresiva pero no les garantizó un lugar como mujeres que participaron y que contaban con demandas específicas. Obtuvieron un reconocimiento como revolucionarias, como valientes, como combativas y por supuesto como abnegadas, pero sería posteriormente a la firma de los Acuerdos de Paz (particularmente en El Salvador) que una perspectiva de género cobró forma.

La opción por las armas en Centroamérica se hizo más evidente en la década de los setenta, fueron tres países los que con distintas organizaciones político-militares vivieron un escenario de guerra. Guatemala, Nicaragua y El Salvador se hundieron en conflictos bélicos con diferentes desenlaces, sin embargo, existen ejes comunes que me inte-

¹ Cf. Mercedes Cañas, "Gracias a la guerra, salimos de las cocinas, donde sólo estábamos quemándonos El Salvador", *Mujer fempress* (Santiago de Chile, Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales), núm. 131 (septiembre de 1992), p. 10

resa rescatar para enmarcar el contexto violento que se vivía como si no existieran fronteras: muertos, desplazados, refugiados, desaparecidos, heridos, combatientes, prisioneros y gente que no necesariamente formó parte de alguno de los bandos enfrentados y, por supuesto, la permanente intromisión de Estados Unidos quien brindó apoyo económico y militar a quienes luchaban contra los ejércitos rebeldes. Un ambiente que si bien parecía haber terminado con las últimas negociaciones que llevaron a la firma de la paz en Guatemala, no sería aventurado pensar que se extendió a una región de México a pesar de los esfuerzos oficiales por evitarlo.²

La tierra es sin duda un elemento central que nos ayuda a comprender la incorporación masiva de población rural a los ejércitos rebeldes, y a los contrainsurgentes también. Años antes de que se iniciara el siglo xx, muchas propiedades comunales sufrieron los efectos del capitalismo que requería de buenas tierras y de fuerza de trabajo para impulsar productos de agroexportación como el café, que llegó transformando las relaciones sociales.³ Siguió despojos, acaparamiento y crecimiento de una clase poderosa que se benefició de arrebatar tierras y de una fuerza de trabajo mal remunerada y prácticamente cautiva, indígena en su mayoría (excepción hecha de El Salvador).

Costa Rica y Honduras serán excepción en este escenario por dos razones opuestas: la primera nación transita más fácilmente por la senda capitalista que beneficia a la pequeña y mediana propiedad, desechando el militarismo, y es un país relativamente poco poblado y por ello con menos conflictos por la posesión de la tierra. Honduras no logró incorporarse a la dinámica agroexportadora con el café y optó, en parte por la inestabilidad política, por el cultivo de frutas totalmente controlado por empresas de Estados Unidos.⁴

² Antes de finalizar el siglo xx Chiapas recobra su pasado centroamericano y se convierte en el territorio donde apareció otro ejército rebelde que seguía pensando, como sus hermanas centroamericanas, que la nación necesita ser liberada

³ Todavía ahora, muchos de los complejos problemas sociales que vive la región, Chiapas incluido, tienen que ver con las fluctuaciones en los precios del café

⁴ Si bien no es realmente relevante, no deja de ser interesante la siguiente mención sobre grupos armados en Honduras: en septiembre de 1982 un comando con hombres enmascarados autonombrado Movimiento Popular de Liberación Cinchonero irrumpió en los salones de la Cámara de Comercio e Industria de San Pedro Sula y tomó como rehenes a más de cien personas, entre ellas a los empresarios más importantes del país; el nombre de Cinchonero lo tomaron de Serapio Romero quien fue un líder campesino que en 1865 protagonizó una rebelión de peones y lavadores de oro y que así era conocido (el Cinchonero). Lo curioso de este grupo fueron sus demandas: exigían, entre otras parecidas, la excarcelación de un líder guerrillero salvadoreño y de otros seis compatriotas que

Ya en el siglo xx, Guatemala experimentó un gobierno nacionalista en 1944, la continuación del mismo proyecto en 1951 que años después fue abortado gracias a la intervención de la CIA dejando a alguien que tuviera un discurso menos agresivo. Nicaragua vivió una revolución antiimperialista que fue derrotada por los marines en la década de los veinte para implantar a un dictador. Y en El Salvador sería una oligarquía vinculada al café quien verdaderamente lo gobernó después de la fallida sublevación de 1932.

Los espacios políticos no eran los ideales para expresar desavenencias, la población rural despojada no encajaba en las nuevas relaciones sociales y la represión parecía ser la respuesta recurrente. Había que buscar otros cauces ante la cerrazón. La guerra fría que dividió al mundo en dos bloques es un referente que sin duda nos ayuda a comprender el escenario y la constante intromisión de Estados Unidos en la región, la cual confirió una cara muy particular a la política contrainsurgente. La revolución en marcha necesitó de las mujeres y las incorporó.

*El Salvador*⁵

EN los Acuerdos de Paz firmados en enero de 1992 se decidió verificar el número de combatientes en las filas del FMLN, ahí quedó determinado por Naciones Unidas que el treinta por ciento eran mujeres; sin embargo, el porcentaje se eleva al sesenta por ciento cuando de bases

habían sido capturados en territorio hondureño. Días después, sin conseguir ninguna de sus demandas, salieron rumbo a La Habana. Lo cierto es que Honduras, sin grupos armados rebeldes, se convirtió en un escenario desde donde se apoyaba la contrarrevolución; desde los tiempos de Arbenz hasta la década de los ochenta fue el territorio preferido por Estados Unidos para esa actividad, llegando incluso a la construcción de una base militar en Puerto Castilla. Cf. Leonel Giraldo, *Centroamérica: entre dos fuegos*, 2ª ed., Bogotá, Printer, 1985

⁵ Básicamente estoy siguiendo a Alain Rouquie, *Guerras y paz: en América Central*, México, fce, 1994 en las líneas sobre El Salvador y Nicaragua, así como a Norma Vázquez, Cristina Ibáñez y Clara Murguialday, *Mujeres-montaña: vivencias de guerrilleras y colaboradoras del FMLN*, Madrid, Horas y horas, 1995 (*Cuadernos inacabados*, núm. 22); Norma Vázquez, "Las guerras, las mujeres y el 'hombre nuevo'", *Mujer siempre* (Santiago de Chile, Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales), núm. 171 (enero de 1996), p. 12; Cristina Garaizabal y Norma Vázquez, *El dolor invisible: una experiencia de grupos de auto-apoyo con mujeres salvadoreñas*, Madrid, Talasa, 1994; Elizabeth A. Maier, *Nicaragua, la mujer en la revolución*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1985; Mercedes Olivera, Malena de Montis y Mark A. Meassick, *Mujeres panorámica de su participación en Nicaragua*, Managua, Cenzontle, 1992 (col. *Realidades*); Anna M. Fernández Poncela, *Mujeres, revolución y cambio cultural: transformaciones sociales versus modelos culturales persistentes*, México, Anthropos, 2000, sobre las nicaragüenses

de apoyo se trata, a nivel de víctimas (asesinadas, torturadas, secuestradas y/o violadas) ellas representan el veinticinco por ciento de acuerdo con datos de la Comisión de la Verdad.⁶ Estas cifras nos muestran, por un lado, una contribución importante de las mujeres en la guerra salvadoreña, ya sea como combatientes o como bases de apoyo; y por el otro, que fueron víctimas de la violencia en una proporción menor a su participación insurgente.

El Salvador cuenta con poco más de 21 000 km² y de las tres naciones que se encontraban en guerra es la que tuvo un proceso de mestizaje más rápido. El café fue el producto de exportación que le daría una fisonomía específica a la región a partir de finales del siglo XIX: las mejores tierras comenzaron a acapararse y el despojo de los campesinos se volvió cotidiano. La oligarquía salvadoreña cobró forma y los métodos violentos de ejercer el poder acompañaron la producción de las que fueron convirtiéndose en grandes haciendas cafetaleras. Los campesinos despojados podían convertirse en asalariados de los nuevos propietarios o migrar a las ciudades en busca de la supervivencia.

Los golpes de Estado son parte de la historia centroamericana; aprovechando la caída de los precios internacionales del café que llevaron a muestras de descontento, en 1931 se impuso en el poder el general Hernández Martínez⁷ que se mantuvo en él por trece años hasta que una huelga general logró derribarlo. Este general es tristemente célebre por ser el responsable de masacrar a más de treinta mil campesinos, algunos de los cuales se habían incorporado a una sublevación fallida (aquella dirigida por Farabundo Martí), pero que a la vez se oponían al despojo de sus tierras.

La mayoría de la población rural vivía en situación de pobreza, analfabetismo y precarias condiciones de salud, subempleada y migrando a cinturones de miseria que crecieron en torno de algunas ciudades sin los elementales servicios. La incipiente industria aglutinó a obreros que comenzaron a organizarse para exigir sus derechos, así como la democracia, y que generalmente fueron reprimidos. El sector estudiantil fue otro actor que salió a las calles enarbolando demandas parecidas y por lo menos se recuerda que en la década de los sesenta muchos fueron asesinados o desaparecidos; el magisterio fue otro sec-

⁶ Véase el Informe de la Comisión de la Verdad 1992-1993, *De la locura a la esperanza la guerra de 12 años en El Salvador* San José de Costa Rica. Departamento Ecuménico de Investigaciones, 1993 (Colección universitaria)

⁷ Después de él los golpes de Estado se repitieron en 1944, 1948, 1960, 1972 y 1979

torque mostró su descontento con el gobierno salvadoreño. Un clima de oposición se fue gestando en amplios grupos de la población que sería el terreno propicio para una gran insurrección.

Mientras en el campo se fomentaba la organización popular, los grandes propietarios de las tierras también se organizaban económica y militarmente; se integraron en la Asociación Cafetalera que promovía bajos salarios y políticas favorables al café. Asimismo, apoyados por militares comenzaron a actuar con total impunidad grupos paramilitares como la Organización Democrática Nacionalista (ORDEN)⁸ que intimidaban a la población asesinando y secuestrando a todo aquel que consideraban podía ser un peligro para los intereses de la oligarquía.

En Cuba ya había triunfado la revolución y los espacios políticos eran prácticamente inexistentes en El Salvador: los militares y la oligarquía compartían el poder y la represión fue la respuesta dada a las demandas populares aunada a la poca vitalidad que se percibía en los procesos electorales para lograr la democracia. La universidad fue ocupada por el ejército, los medios controlados o desaparecidos en tanto la organización popular urbana y rural iba en aumento con la consabida respuesta, la represión. La lucha armada pasó a ser el discurso imperante entre la oposición, principalmente en las filas de la juventud. Las organizaciones de izquierda y sus subsecuentes escisiones formaron en la década de los setenta a quienes protagonizarían la lucha armada, la toma del poder era el objetivo y hubo variedad en las acciones para lograrlo, ya fuera a través exclusivamente de una instancia militar o combinando diversos métodos de lucha como organizaciones de masas legales e incluso el partido político. Para 1980 se formó el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional.⁹

Las mujeres también comenzaron a organizarse en la década de los setenta en diferentes asociaciones: Asociación de Mujeres de El Salvador, Asociación de Mujeres Progresistas, Asociación de Mujeres Salvadoreñas, éstas contaban con numerosa participación pero no eran feministas, sino femeninas, y se vincularon con alguna de las organizaciones político-militares integrantes del Frente. Sus consignas coincidían con las del resto del movimiento popular (libertad a los preso

⁸ Años después FALANGE y Mano Blanca junto con los escuadrones de la muerte se ocuparían de la misma actividad: asesinar y reprimir a los opositores, generar un clima de terror y amedrentamiento.

⁹ Integrado por una primera escisión del Partido Comunista, las Fuerzas Populares de Liberación (procubanas), el Ejército Revolucionario del Pueblo (prochino), una separación de éste que dio origen a la Resistencia Nacional (a causa del asesinato de Roque Dalton) y finalmente otra escisión se creó el Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos, éstas fueron las cinco organizaciones que dieron origen al FMLN.

políticos, apertura democrática etc.) y tenían además aquellas que se consideraban más relacionadas con su condición de mujeres y que hacían referencia al alto costo de la vida.

Estas organizaciones veían a las mujeres exclusivamente en su condición de madres pobres; sus enemigos, por tanto, eran los mismos que los del resto del pueblo: el gobierno, los militares, el imperialismo. Su quehacer, sin embargo, develó algunos aspectos de la problemática social que las organizaciones político-militares retomarian en su momento. La apertura de un nuevo frente de lucha — el “gremio” de las mujeres — resultaba nada despreciable en momentos de acumulación de fuerzas; la diversificación de los rostros del descontento social mediante la incorporación femenina — tradicionalmente desdeñada en las lides políticas — fue de ahí en adelante, un elemento novedoso e impactante, en el ámbito nacional e internacional, de la estrategia revolucionaria de la izquierda salvadoreña.¹⁰

Fue una estrategia de la revolución incorporar a las mujeres “tradicionalmente desdeñadas” pues el discurso revolucionario no las consideraba inicialmente. Al extenderse la lucha hacia ellas, se les retoma para fortalecer al movimiento rebelde, pero primero lo harían como prioritariamente han sido vistas: como madres, añadamos que pertenecientes a una clase, madres pobres, y que por ello mismo podían imbuirse del espíritu de lucha. El enemigo les era común (a las madres pobres y a los rebeldes) por lo que muchas mujeres pudieron apoyar sin armas pero con reivindicaciones que apelaban a otros: a sus hijos. La guerra que les hizo tomar partido por alguno de los bandos.

El triunfo de la vecina Nicaragua influyó para que la guerra revolucionaria cobrara nuevos bríos y para que la intervención de Estados Unidos fuera más intensa en el país. En 1981 comenzó lo que se conoce como la ofensiva general, cuando el Frente llamó a una huelga general y a la insurrección contra el gobierno; entre tomas de ciudades por parte de los rebeldes y agresión a algunos cuarteles militares, el ejército se dio a la tarea de atacar poblaciones y lugares donde creía existían militantes del Frente. La guerra de baja intensidad se preparaba.¹¹

¹⁰ Vázquez et al., *Mujeres-montaña: vivencias de guerrilleras y colaboradoras de la FMLA* [n. 5], p. 35.

¹¹ Para profundizar en la guerra de baja intensidad en El Salvador consultense Silvia Bermúdez Torres, *Guerra de baja intensidad: Reagan contra Centroamérica* (México, Siglo XXI, 1989); y Daniel Siegel y Joy Hackel, “El Salvador: la nueva visita de la contrainsurgencia”, en Michael T. Klare y Peter Kornbluh, coords., *Contrainsurgencia: proinsurgencia y antiterrorismo en los 80: el arte de la guerra de baja intensidad* (México, Grijalbo/Conaculta, 1990) (col. *Los noventa*).

El fracaso de esta ofensiva empujó al Frente hacia zonas rurales y la represión militar y paramilitar hacia los campesinos, y sobre todo hacia los jóvenes, los arrojó a las filas de la guerrilla y a otros, al refugio en Honduras. El Frente ganaba posiciones y el ejército no lograba la aniquilación del enemigo a pesar del apoyo estadounidense.

Las mujeres volvieron a enarbolar la lucha por el respeto a los derechos humanos denunciando la represión. Organizadas directamente por el FMLN crearon el Comité Unitario de Mujeres con exiliadas en Costa Rica, la Asociación de Mujeres "El Milagro Ramírez", la Federación de Mujeres Salvadoreñas y la Organización de Mujeres salvadoreñas; todas ellas servían asimismo como apoyo logístico a la guerrilla. Interesante la reflexión de esta mujer-madre sobre su participación

Entonces nos llegó la instrucción de que creáramos un comité de madres, que fuéramos sólo mujeres y ancianitas también, para que fuéramos a los Derechos Humanos, a la Cruz Roja, con las monjitas, donde fuera para conseguir cosas. Yo me incorporé al Comité de Madres Monseñor Romero porque ahí yo sentía que podía desahogarme. Íbamos a tomas, a casa presidencial, y lográbamos hacer cosas, por ejemplo por aquí había una muchacha que nombrábamos Talina y que estaba presa, nos juntamos todas las mujeres y agarramos camino para ir a Salvador, nos tomamos la cárcel de mujeres y la sacamos. Cómo no íbamos a poder si estábamos las mujeres juntas.²

La frase final es del todo elocuente, "cómo no íbamos a poder si estábamos las mujeres juntas", por lo que ésta es quizá una de las mejores herencias de la guerra en algunas mujeres, el saber la fuerza que les daba estar organizadas, si podían sacar a alguna de la cárcel, ¿qué no podrían lograr? Ahora bien, muchas de estas organizaciones obedecieron a cuestiones coyunturales: denunciar la represión era lo principal y con ella ganar la condena internacional. Esta perspectiva coyuntural influyó en que no se fortalecieron como organizaciones de mujeres sino en el contexto de apoyo al Frente, no hubo independencia ni en la organización ni en las acciones a tomar.

En 1984 comenzó el diálogo entre el gobierno y el FMLN en La Palma, donde una mujer, la comandante Nidia Díaz desempeñó una función protagónica.¹³ A pesar de las presiones internacionales por ne-

¹ Citado en Vazquez et al. *Mujeres-montaña: vivencias de guerrilleras y colaboradoras del FMLN* [n. 5], p. 136.

¹³ Posteriormente Nidia Díaz fue hecha prisionera y años más tarde narró su experiencia en el libro *Nunca estuve sola*, 3ª ed., San Salvador, UCA, 1999 (col. *Testigos de la historia*, vol. 2).

gociar la paz, el gobierno no estaba convencido de su debilidad y no quiso ceder. A partir de esto el Frente lanzó una nueva ofensiva en el año de 1989 con altos costos humanos: bombardeos, asesinatos y muestras de desorganización causaron grandes bajas en ambos lados (siendo la población civil la más lastimada) con lo que fue evidente que, militarmente, ninguno de los bandos obtendría la victoria. La década de los noventa marca el fin de la guerra al firmarse la paz en enero de 1992.

Nuevas organizaciones de mujeres aparecieron en la década de los ochenta, entre otras, la Coordinadora Nacional de Mujeres Salvadoreñas, la Unión Salvadoreña de Mujeres, el Instituto de Investigación, Capacitación y Desarrollo de la Mujer, la Asociación Democrática de Mujeres salvadoreñas, la Asociación de Mujeres Marginales y la Asociación de Mujeres Indígenas,¹⁴ prácticamente con los mismos fines y las mismas ligas que sus antecesoras. Sería hasta 1990 que la primera de éstas abrió una clínica de atención a mujeres víctimas de la violencia; el Centro de Estudios Feministas ya tendría una perspectiva de género y, después, Mujeres por la Dignidad y la Vida (las Dignas), el Instituto Mujer Ciudadana, el Centro de Estudios de la Mujer, el grupo de Mujeres Universitarias, entre otros, fueron espacios para que las mujeres se incorporaran a experiencias organizativas con reivindicaciones específicas de género además de la exigencia por la paz.

Para las mujeres salvadoreñas que se incorporaron al ejército revolucionario el espacio ganado iba mucho más allá de lo antes soñado o deseado; jóvenes en su mayoría, lograron tener una perspectiva de vida a la que la muerte y la abnegación por una causa le conferían un sello distintivo. Se puede afirmar que uno de los cambios más profundos entre las guerrilleras es el que se relaciona con la sexualidad y el rompimiento de tabúes y prejuicios, sobre todo religiosos.¹⁵ La adhesión a la guerrilla variaría de acuerdo con la extracción urbana o rural, en el primer caso las mujeres se introdujeron a la vida clandestina muchas veces en franca oposición a su familia, en tanto que en el segundo muy comúnmente fueron invitadas a participar por otros miembros de su misma familia. Esto sucedía independientemente del sexo, padres y madres invitaban tanto a sus hijos varones como a sus hijas mujeres debido en parte a la represión que sufrían de los cuerpos militares

¹⁴ Algunas de estas organizaciones se coordinaron con otros grupos parecidos y como muestra de lo convulsionada que se encontraba la región, varias mujeres integraron la Asamblea de Mujeres Centroamericanas por la Paz. *Cf. Vázquez et al. Mujeres-montaña: vivencias de guerrilleras y colaboradoras del IMIN* [n. 5], p. 45.

¹⁵ Para un análisis más profundo sobre este aspecto, véase el interesante trabajo de Vázquez que hemos citado aquí.

gubernamentales, quedarse en el centro no era una opción para conservar la vida:¹⁶ el miedo o el coraje ante la muerte de alguien cercano a manos del ejército fueron elementos determinantes en la incorporación campesina, tanto de hombres como de mujeres.

Como guerrilleras, radistas, enfermeras, brigadistas y por supuesto cocineras (tarea que a los hombres, según testimonios, sólo se asignaba como castigo y nunca a los cuadros dirigentes), las mujeres se incorporaron al ejército rebelde, cumplieron sus funciones revolucionarias y se entregaron a una causa que a muchas de ellas les costó la vida. En tiempos de paz, a muchas y muchos les ha significado un cambio pero, sin duda, las mujeres que fueron madres cargaron un peso extra que no compartieron con los padres de sus hijos; tanto durante como después de la guerra, la maternidad les originó sentimientos contradictorios muchos de ellos relacionados con la culpa por el abandono o por la muerte, la mayoría llega a afirmar que podría repetir su experiencia íntegra salvo el dejar a sus hijos.¹⁷ Muchas mujeres evalúan su participación en la guerra (al nivel que fuera) como altamente positiva, como determinante en sus vidas y como una experiencia que les dejó una autovaloración con la que no contaban.

Nicaragua

La toma del Palacio de Gobierno en 1978 demostró que los sandinistas iban ganando terreno en la guerra y que mujeres tan jóvenes como aquella que se presentó como la comandante *Dos* (Dora María Téllez), eran activas en el ejército rebelde; trece fueron las que armadas participaron en un operativo integrado por once elementos que aparecieron ante la mirada atónita de nicaragüenses primero y del resto del continente después, como los rebeldes que luchaban por deponer al repudiado dictador.

¹⁶ Un trabajo testimonial que da cuenta de esta aseveración es el publicado por Las Dignas, *Y la montaña habló testimonios de guerrilleras y colaboradoras del FMLN*, San Salvador: Mujeres por la Dignidad y la Vida, 1997.

¹⁷ Las vivencias más desgarradoras son las de aquellas mujeres que dejaron a sus hijas e hijos chiquitos al cuidado de otras personas para irse a los frentes guerrilleros. En la mayoría de los casos, los lazos afectivos entre las criaturas y quienes se hicieron cargo de ellas se hicieron muy fuertes; por otro lado, las madres biológicas se debaten entre el deseo de recuperarlas y el de no generarles una nueva separación. El temor de haberlos perdido definitivamente, las dudas sobre qué será lo mejor para sus hijos, la negativa de quienes fueron sus cuidadoras/es a desprenderse de ellos, vuelven esta situación terriblemente angustiada para las mujeres y tiene graves consecuencias emocionales también para los niños y las niñas", Vázquez *et al* *Mujeres-montaña vivencias de guerrilleras y colaboradoras del FMLN* [n. 5], p. 234.

La misma comandante *Dos* convertida meses después en *Patricia* fue la responsable del operativo que tomó la ciudad de León. En las filas de los sandinistas militaron muchas mujeres, sin embargo, a decir de Dora María, el ingreso de las mujeres a las filas del sandinismo estuvo vedado un tiempo pues "era una norma", sería hasta la década de los sesenta que las mujeres comenzaron a incorporarse y después el proceso iría incrementándose notablemente.¹⁸

A Nicaragua la caracterizó por muchos años una dictadura que, apoyada por Estados Unidos mantenía al grueso de la población en una creciente miseria y excluida de las decisiones políticas, las tasas de analfabetismo eran altísimas y las muertes prematuras cotidianas. La dictadura evitaba cualquier espacio democrático que pudiera tambalear su poder atacando a quien buscara otras vías que siempre encontraron cerradas.

La opción preferencial por los pobres cobró forma en la Nicaragua rebelde en una práctica discursiva de buscar el reino de dios en la tierra y de conseguir una plena vida material para alcanzar la espiritual, ello implicaba la oposición a la dictadura y al causante directo de tantos males, el imperialismo norteamericano. La reivindicación de andino llevaba necesariamente a denunciar la intromisión de Estados Unidos en la política interna, varios sacerdotes y religiosas se incorporaron al ejército rebelde que luchaba con las armas en la mano por ese paraíso terrenal. En Nicaragua incluso, la alta jerarquía católica llegó a reconocer la legitimidad de la insurrección. Igual que en los otros países centroamericanos, la represión también tocó a sus puertas.

El Frente Sandinista de Liberación Nacional vivió problemas de división.¹⁹ mucha de la debilidad que lo caracterizó en los primeros años se debió a divergencias internas pero logró superarlas y llegar al derrocamiento de la dictadura como uno solo. La guardia nacional fue debilitada por sandinistas que llamaron a la insurrección general y por la importante respuesta que obtuvieron de un gran número de pobladores que se incorporaron masivamente a la lucha. Esto significa que la movilización por derrocar al dictador no fue preparada por una élite alejada del conjunto de los nicaragüenses, sino que prendió en los habitantes para convertirse en una gran insurrección popular verdade-

¹⁸ Véase Margaret Randall *Todas estamos despiertas testimonios de la mujer nicaraguense hoy*, México, Siglo XXI, 1980

¹⁹ Entre 1975 y 1976 se formaron dos tendencias, la que se inclinaba por la guerra popular prolongada y la proletaria, posteriormente hubo una tercera que se llamaba precisamente la tercerista o los insurreccionales. Para 1977 después de largas discusiones, se logró nuevamente la unidad

ramente incontenible a pesar de los violentos métodos que se emplearon para ello.

Organizar a las mujeres en Nicaragua fue un proceso lento y con varios intentos fallidos. En la década de los sesenta se trató de impulsar (desde las filas sandinistas) la organización llamada Mujeres Democráticas que no fructificó y, con los mismos resultados, unos años después, la Alianza Patriótica Nicaragüense. En esta experiencia también se trató de incorporar a las mujeres como opositoras a la dictadura, queriendo presentarlas como impulsoras en la apertura de espacios democráticos.

El Frente no se rindió en su empeño por organizar a las mujeres y así surgió la Asociación de Mujeres ante la Problemática Nacional, de una directiva emanada en el año de 1977. La sangrienta represión fue el marco en el que se pensó incorporar a las mujeres para que fueran ellas quienes denunciaran las torturas, las condiciones de vida en las cárceles, en fin, la sistemática violación a los derechos humanos. En esta asociación se agruparon mujeres de distinta extracción clasista, pero predominaron las de la burguesía, quienes no fueron muy constantes en su militancia. Posteriormente mujeres campesinas aprovecharon el foro que daba la asociación para denunciar los atropellos que sufrían sus esposos e hijos a manos de la guardia nacional; mujeres valientes que presentaban su testimonio en medio de una gran represión. Comenzaron politizando fechas: el día de la mujer lo volvieron de denuncia, el día de la madre enarbolaron consignas como “más que un regalo queremos una patria libre”, participaron en huelgas de hambre, en la toma de las oficinas de Naciones Unidas, en marchas y, por supuesto, su papel de madres era el que más se resaltaba. Los acontecimientos fueron radicalizando a las mujeres quienes, para marzo de 1979, enarbolaron como demanda derrocar al dictador. Las mujeres que participaron redingieron su actividad, su función de madres en momentos de fuerte represión, alzaron su voz para ser escuchadas no como parte del pueblo que luchaba, no como militantes armados de una organización guerrillera sino como madres, madres que también exigían el fin de la dictadura.

Después del triunfo de la revolución este grupo se transformó en la Asociación de Mujeres nicaragüenses “Luisa Amanda Espinoza”, nombre que recuerda a la primera mártir de los sandinistas, muerta en combate en 1970. El objetivo era lograr la participación activa de las mujeres en la construcción de la nueva Nicaragua, apoyar a la revolución en marcha; aquí predominaron las mujeres de sectores populares, aunque no en la dirección.

Nicaragua es el único país centroamericano en el que se dio fin a la guerra (por lo menos eso se esperaba) cuando los rebeldes tomaron el poder; no se negoció la paz, a los combates siguió el derrocamiento de la dictadura y un amplio programa social (brigadas de alfabetización, de salud etc.) que deseaba poner fin a tantas décadas de ignominia y desigualdades. Pero la guerra no terminó con la expulsión de Somoza y la intromisión de Estados Unidos consiguió, finalmente, quitar el poder a quienes lo tomaron con las armas.

Si bien en los años que los sandinistas lograron mantenerse en el poder muchas mujeres estuvieron presentes, no puede decirse lo mismo de su participación en la lucha por la democracia, ni fue proporcional su presencia a lo que el discurso prometía; las conclusiones de Olivera, Montis y Meassick nos dejan ver que la subordinación de las mujeres en los espacios institucionalizados es muy alta y que la posibilidad de acceder al poder mucho dependía de la clase social a la que se pertenecía.²⁰

Reflexión final

FUE un gran movimiento insurreccional, tanto en El Salvador como en Nicaragua, el que logró la incorporación de hombres y mujeres a las organizaciones dirigentes de este proceso. En otras palabras, una gran movilización social arrastró en su desenvolvimiento a amplios sectores de la población de ambos sexos que deseosos de un cambio, se lanzaron por muy diversos caminos a participar en el proceso. Ante la carencia de espacios político se demandaron vías de democratización y se recibió la represión como respuesta; se instrumentaron nuevas formas de organización y se vivieron nuevos métodos de represión; la espiral crecía pero no logró desarticular a los grupos revolucionarios armado que contaban con una sólida base popular.

El desarrollo de una economía agroexportadora vinculada al café llevó al paulatino proceso de de pojo de tierras. Aunado a ello se vivía un ambiente con verdadera carencia de espacios políticos; surgió una creciente fuerza de trabajo liberada que no encontró lugares idóneos de representación por lo que fue cobijándose en el discurso revolucio-

²⁰ "En los países centroamericanos, es una realidad que sólo las mujeres de la clase acomodada —y acaso algunas de los sectores medios— han podido tener preparación técnica y profesional para competir por puestos de trabajo calificados y muy pocas de ellas, pero casi siempre de ese sector, han llegado a ocupar cargos con poder en la administración pública" Olivera *et al.* *Mujeres panorámica de su participación en Nicaragua* [n 5], p 43

nario que prendió en mujeres y hombres. La economía regional dependía cada vez más de un producto: el café, lo cual la volvió fuertemente dependiente y vulnerable. Por otra parte, el contexto internacional se fue modificando dando pie a una Unión Soviética debilitada y a la constante intromisión de muy diversas maneras de Estados Unidos, esta última fue dando forma a la contrainurgencia que variaba de país en país pero que demostraba cierta efectividad, aunque no la deseada, para menguar el movimiento revolucionario.

A escala política la falta de espacios democráticos es una característica común: golpes de Estado, dictaduras militares,²¹ fraude electoral; en pocas palabras el camino democrático se encontraba cerrado y la represión de los regímenes militares muchas veces empujó a grupos de jóvenes de ambos sexos a las filas de la revolución. Además de la represión orquestada por militares, asesorados por Estados Unidos la mayoría de las veces, otras fuerzas paramilitares también se incorporaron para aterrorizar a la población rural y urbana, involucrada o no en el conflicto. La represión cobró muchas veces la forma de un terror organizado desde el Estado que no se detuvo para atemorizar y tratar de detener la rebelión en marcha.

Las guerrillas centroamericanas estuvieron integradas por numerosos grupos de hombres y mujeres, entre los que predominaban los jóvenes, que se incorporaron a las más diversas actividades; aparecieron como combatientes, en las tomas de ciudades importantes y en los procesos de negociación. Pero su participación no se restringió a las organizaciones armadas sino que, como bases de apoyo, las mujeres fueron mayoría y comenzaron procesos organizativos a partir de las necesidades que la guerra iba imponiendo a los grupos político-militares.

Tanto en El Salvador como en Nicaragua, las primeras formas organizativas de mujeres emanadas directamente de las organizaciones político-militares buscaron a las mujeres como madres. La denuncia de la represión aglutinó a mujeres diversas que coincidieron con la demandas de las organizaciones guerrilleras.

Las mujeres se fueron vinculando a organizaciones político-militares a través de asociaciones que rescataban su papel tradicional de

²¹ Solo unos ejemplos del todo ilustrativos: Ubico estuvo en el poder por trece años en Guatemala, y a partir de la década de los cincuenta uno tras otro, los dictadores se turnaron, ya fuera a consecuencia de un fraude electoral o de golpes de Estado: en El Salvador Maximiliano Hernández se mantuvo también por trece años, en Honduras Tiburcio Carías y quedó dieciséis años, en tanto los Somoza en Nicaragua casi completaron el medio siglo.

mujeres: las madres, las que protegen, las que sufren; de allí que el respeto a la vida de sus familiares presos, heridos o desaparecidos (en un primer momento hombres pero después las hijas también pasaron a formar parte de las listas) a causa de la represión, fuera el eje aglutinador de sus primeros grupos que carecieron de independencia y que surgieron como objetivo de mandos masculinos. Estas mujeres organizadas no lo hicieron por iniciativa propia, sino por instrucciones de quienes lideraban las organizaciones beligerantes que comenzaron a ver en ellas cualidades "características o habituales" que las hacían susceptibles de participar en organizaciones legales, sin ser un blanco tan fácil de la represión pero que además presentarían el rostro más sensible, al personaje más sufrido en una guerra. Esto es, los primeros intentos organizativos de las mujeres no provinieron de ellas mismas y, como consecuencia de ello, sus demandas y reivindicaciones giraban en torno a las de la organización que las impulsaba. Sería hasta el fin de la guerra que algunas lograron hacer suyo un discurso de género. Si la paz ya había llegado, si ya no se estaba luchando por el socialismo, por una sociedad más igualitaria, contra el dictador, ya no era consigna postergar las demandas de las mujeres: es hasta ese momento que ellas, que vienen de una larga guerra, encuentran un espacio para representarse a sí mismas.

Las mujeres fueron organizadas porque su participación era necesaria para la causa revolucionaria; a muchas no se les movió radicalmente de su espacio, participaron una, dos veces y se reintegraron a su cotidianidad. Pero a otras, ese acercamiento político, ese involucramiento nuevo, les modificó su manera de actuar, sirviendo otros intereses pero encontrando un espacio para desarrollarse. Un espacio en el que algunas mujeres pudieron ganar en lo perdido: la posibilidad de la muerte, la represión, el miedo, las empujaron a actuar, a saberse necesarias. Fueron en un primer momento un instrumento, pero algunas se valieron de esa experiencia para continuar construyendo su espacio.

Es interesante la siguiente conclusión para el caso nicaraguense pero que también puede aplicarse a los otros países: "pensamos que es necesario desmitificar la participación masiva organizada de las mujeres. No debemos confundir lo que ha sido su participación en las actividades económicas y en la producción [...] con un interés de participar políticamente [...] Tampoco podemos confundir la participación política de la mujer, que entendemos como ejercicio del poder y como militancia y práctica social beligerante con la simple movilización por cuestiones específicas, a veces de carácter muy circunstancial" Olivera *et al.*, *Mujeres: panorámica de su participación en Nicaragua* [n. 20] p. 115

BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA

- Alegria, Clarivel, y D. J. Flakoll, *No me agarran viva la mujer salvadoreña en la lucha*, San Salvador, UCA, 1987
- Kampwirth, Karen. *Women and guerrilla movements Nicaragua El Salvador. Chiapas Cuba*. University Park, PA, The Pennsylvania State University Press, 2002.
- LópezCabrales, María del Mar, "Las comadres y CONAVIGUA: mujeres centroamericanas buscando un espacio para sus reivindicaciones", *Estudios Latinoamericanos* (México, UNAM-Facultad de Ciencias Políticas y Sociales), nueva época, año III, núm 6 (julio-diciembre de 1996), pp. 181-201
- Martínez, Ana Guadalupe, *El Salvador une femme du Front de Libération témoigne*. Paris, Des Femmes, 1981 (*Femmes en luttés de tous les pays*)
- Menéndez Rodríguez, Mario, *El Salvador pueblo contra la oligarquía*, México, Universidad Autónoma de Tlaxcala, 1981 (col. *Nuestro continente*, núm. 7).
- Murguialday, Clara, *Nicaragua, revolución y feminismo (1977-1989)*, Madrid, Revolución, 1988.
- , "El Salvador en tiempos de posguerra", *Lolapress* (Berlín/Montevideo, Revista Feminista Internacional), núm 4 (noviembre-marzo de 1995-1996), pp. 48-51
- Olivera, Mercedes, Malena de Montis y Mark A. Meassick, *Nicaragua el poder de las mujeres*, Managua, Cenzontle, 1988 (col. *Realidades*).
- Panos Institute, *Armas para luchar. brazos para proteger las mujeres hablan de la guerra*, Barcelona, Icaria/Antrazyt, 1995.